



“Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí”

Jn 5, 31-47

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Jesús, nos argumenta el testimonio del padre sobre la misión del Hijo. Este discurso dogmático de Jesús, sobre sus poderes divinos, tiene una segunda parte, la demostración, por testificación del Padre, de que todo cuanto El enseña es verdad.

En este fragmento del Evangelio de san Juan, Jesús no hablara del Testimonio que diera primero Juan Bautista, luego el más importante de todos, El Padre que lo ha enviado, luego el de las Sagradas Escrituras, que hablan de Jesús y finalmente las obras que Jesús realiza, estas ultimas, son las que dan autentico testimonio de Jesús.

Jesús basa el fundamento de su argumentación en un principio que está en la Ley (Dt 19:15): la necesidad de testigos en un pleito. Situándose Jesús en él, les dice: “Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no valdría”. En realidad no es que Jesús no admita como infalible su solo testimonio, como argumenta en otra ocasión (San Juan 8:14ss), precisamente contra la acusación judía de que El testificaba de sí (San Juan 8:13), pues sólo El sabe de dónde viene y adonde va, sino que aquí, para argumentarles en el terreno de su juridicidad humana, plantea su argumentación en el mismo terreno de sus exigencias. No apela aquí a su testimonio. “Pero hay otro (el Padre) que da testimonio de mí.

San Juan, (el evangelista) recoge antes, como contraste, el testimonio del Bautista, que Jesús dirá que él no necesita, pero que para los judíos les habría sido suficiente para ir a Jesús. “No es que yo dependa del testimonio de un hombre” es decir, El no lo necesita, pues tiene conciencia clara de quién es; “si digo esto,” la evocación del testimonio del Bautista, “es para la salvación de ustedes”, ya que, recibiendo el testimonio del Bautista, vendrían a Jesús, le oírían convenientemente, y se salvarían.

Juan Bautista, era el “precursor.” Su misión era mostrar oficialmente el Mesías a Israel (San Juan 1:31.33.34). El prestigio que el Bautista tuvo entonces en Israel fue excepcional, así lo registran los evangelios. Ante la conmoción mesiánica creada en torno al Bautista, los judíos le enviaron una embajada oficiosa a preguntarle, estando él en Betania de TransJordania, si él era el Mesías. Y Juan dio testimonio a la verdad: él no era el Mesías, pero su misión era ser su “precursor” (San Juan 1:19-34). Ellos daban tal crédito al Bautista, que lo hubiesen reconocido por Mesías si él se

proclamaba tal. Y, puesto que él señalaba a Jesús como Mesías, que lo recibiesen, ya que apelaban a “testimonios humanos.”

Pero aquella embajada al Bautista fue una frivolidad para Israel. “Juan era la lámpara que arde y resplandece” en la noche, a falta de sol. En la hora premesiánica buena era la lámpara, la misión del Bautista, como lo es la lucerna en la casa al anochecer.

Los calificativos con que se describe la misión del Bautista tienen una fuerte evocación bíblica: “que arde y resplandece.” Con estas dos expresiones se alude a su celo y a su palabra. Precisamente en el libro del Eclesiástico se describe semejantemente a Elías, “tipo” del Bautista (Lc 1:17; Mc 1:2ss): “Se levantó Elías, profeta, como fuego, y su palabra ardía como antorcha” (Eclo 48:1).

Israel se conmovió ante la palabra del Bautista. Vinieron multitudes de todas partes a oírle y bautizarse, dice Jesús: “ustedes han querido gozar un instante de su luz”. La metáfora piensan los autores que está tomada, sea de las costumbres de los niños de saltar alegremente en torno al fuego, sea de las danzas que el pueblo solía tener en las grandes solemnidades al resplandor de la luz de los grandes candelabros del templo. Pero aquella conmoción expectante en torno a El pronto se disipó. El influjo del Bautista en ellos fue por poco tiempo.

Pero Jesús, no necesita testimonio de un hombre de lo que El es y de su misión, El dice “Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan” son las obras que el Padre me encargó llevar a cabo” Así es como, la testificación que da el Padre “con sus obras,” de forma más íntima, y el testimonio que de El da el Padre en la Escritura. Este es el primer testimonio objetivo argumentando en su favor: “son las obras que el Padre me encargó llevar a cabo” Las “obras” que aquí dice son los milagros hechos por El. El milagro es obra de Dios, que aquí testifica la dignidad, misión y enseñanza de Jesús (San Juan 6:27; 32). Es el Padre quien testifica que su Hijo es Dios. Frecuentemente Jesús lo argumenta en los evangelios sinópticos como prueba apologética (Mt 9:2-8; 11:2-6.20-24; 12:28 par.). Así las “obras,” que son obra fundamental del Padre, de la divinidad, dan testimonio de su dignidad, misión y enseñanza.

Dice Jesús; “Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Ustedes nunca han escuchado su voz ni han visto su rostro, y su palabra no permanece en ustedes, porque no creen al que él envió.” Este “testimonio” que el Padre le rinde es íntimo y personal que el Padre deja oír en el alma, y al cual aludirá San Juan el capítulo siguiente (San Juan 6:44-46), y que confirma con un pasaje de Isaías (Is 54:13). Este testimonio, pues, íntimo, misterioso, del Padre y en la conciencia, existe. Pues testificando el Padre de esa forma misteriosa, personal e íntima, a favor del Hijo, ellos debieron venir a El. Y no lo hicieron.

En el capítulo siguiente San Juan dirá: “Todo el que oye al Padre, viene a mí; no que alguno haya visto al Padre” (San Juan 6:45-46), salvo el Hijo (San Juan 1:18).

Por tanto, esta “audición” y esta “visión” han de tomarse en un sentido especial, el cual el mismo San Juan lo recoge en otros pasajes. Dice Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto a mi Padre” (San Juan 14:9.7.8; 8:19). “Y yo hablo al mundo lo que le oigo a El (Padre)” (San Juan 8:26.28.40.47).

Es así, según parece, como, de ese testimonio íntimo del Padre a favor del Hijo, va el pensamiento a acusarles de no haber ni “oído” ni “visto” al Padre, precisamente por no creer en el Hijo. Este es el testimonio viviente y ostensible de aquél. El testimonio del Padre en las Escrituras — Es el testimonio que, sobre todo para un judío, era

definitivo: “Ustedes examinan las Escrituras, porque en ellas piensan encontrar vida eterna”. En el primer caso, Jesús les mandaría no sólo practicar el cultivo de la Escritura, sino penetrarla profunda y auténticamente. En el segundo caso, partiendo del estudio que ellos hacen porque creen tener en ella la vida eterna, como enseñanza de camino y mérito, les hace ver que ella habla de El y que así El está incluido en esa “vida eterna” que ellos buscan. Indirectamente, con ello se encierra la sugerencia de una censura al método erróneo como la cultivaban. Pues, bien interpretada, lleva a El.

Que las Escrituras son fuente de vida eterna, es algo que brota de la finalidad de su enseñanza y que se dice en la misma Escritura. Pero lo eran como enseñanza, que había que comprobar rectamente y luego vivirla auténticamente.

Mas para que su estudio y comprensión los llevase a Jesús, que era comprender su verdadero sentido en el camino mesiánico y necesario para ir a Dios. Dice Jesús: “y sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener Vida”, Tenían ellos dos serios obstáculos en íntima conexión. Uno era un error de método. Consistía en un materialismo de la letra y de la tradición rabínica. Y así les resultaba que la Escritura, fuente de vida, se les convertía en esterilidad y muerte. “La letra mata” (2 Cor 3:6). Pero había otro obstáculo de tipo moral, en íntima conexión con éste. Era el refinado orgullo intelectual, la “gloria humana” que los doctores de la Ley buscaban en su interpretación. Frente a sus “tradiciones” — cadena de dichos de rabinos — se ponía el “espíritu” de la Ley y la doctrina de Jesús. Este rectificaba lo que era la “sabiduría” de ellos. En lugar de buscar la “gloria que procede del Unigénito”, que era buscar el triunfo de la verdad, y en la que se reflejaba la gloria de Dios, ellos buscaban la gloria que recibían “unos de otros”.

Y así, buscando el contenido de la Escritura, se daba la paradoja de que Moisés, a quien la tradición asignaba la paternidad de la Ley, personificada en él, iba a ser su acusador ante “mi Padre,” es decir, ante Dios (San Juan 8:54). Porque no bastaba estudiar así la Ley.

Para llegar a Jesús por ella, les hacía falta, aparte de otro método científico, “creer a Moisés,” es decir, que, si lo estudiaran imparcial y sinceramente, en el sentido en que la letra va llena de contenido, “Si creyeran en Moisés, también creerían en mí”, comprenderían aquellas profecías de la Ley relativas al Mesías-Jesús, “porque él ha escrito acerca de mí”.

Frente a este obstáculo de la soberbia de los rabinos para no ver a Jesús vaticinado en la Ley, Jesús le contrasta que El es más imparcial que ellos, aun colocándose en el solo plano humano, porque El “no recibe gloria de los hombres.” Su plan es obedecer al Padre, y por ello arrastra la impopularidad, los ataques y la muerte. Pero ellos no, porque “buscaban la gloria unos de otros,” por lo que obran con prejuicio y se adulan.

Y, por último, les hace ver además la inconsecuencia de su conducta. El se presenta como el Hijo de Dios y lo garantiza con milagros. “He venido en nombre de mi Padre y ustedes no me reciben”, como tal. En cambio, “pero si otro viene en su propio nombre, a ése sí lo van a recibir “

Estas palabras de Jesús no eran sólo una paradoja para indicar la ilógica conducta de ellos. Fue profecía. La historia judía bien pronto demostró la verdad de esta palabra de Jesús. Pero esa actitud judía contra Jesús era el pecado contra el Espíritu Santo (Mc 3:29 par.). Es cerrar los ojos a la evidencia para hacerse voluntariamente

ciegos. Así lo dijo Jesús abiertamente con ocasión del ciego de nacimiento. “Al oír esto, algunos fariseos que estaban allí con él le dijeron: ¿Así que también nosotros somos ciegos? Jesús les contestó: Si fueran ciegos, no tendrían pecado. Pero ustedes dicen: “Vemos”, y esa es la prueba de su pecado”. (San Juan 9:40.41).

Como vemos, muchos testimonios y calificados testigos, no lograron convencer a los judíos de la verdad de las afirmaciones de Jesús, esto es, porque no quisieron oír el testimonio de Dios, porque se cierran a la fe y se apoyan en su orgullo.

Dijo Jesús: “Yo soy la resurrección (y la vida). El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre” (San Juan 11; 25-26)

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant